

ciéndose de manera que gane vuestro asentimiento. Tal conducta revela una grave falta de respeto hacia la verdad en quien la sigue y en el educador que la tolera. Es bueno relatar a nuestros alumnos rasgos de independencia de carácter como el de Foch, por ejemplo. Era todavía un joven oficial, y en el curso de unas maniobras, el grupo de tropas que él dirigía había ganado la batalla. El General en jefe, que arbitraba las maniobras, reunió a los dos jefes de campo y dirigiéndose al adversario de Foch le censuró así: "Amigo mío; vuestro caso es claro. Habéis partido de una idea preconcebida, que es lo peor de todo en estrategia. Hay que basarse en la realidad, observar el terreno, responder a las maniobras del adversario y no extraviarse en la teoría". Después se volvió hacia Foch y amablemente le dijo: "Y usted, mi comandante, dígame cómo habéis procedido para alcanzar esta brillante victoria". "Mi General—dijo Foch—; yo tenía una idea preconcebida "

Y, en sentido contrario, contadles la historia del pulverizador. Para enseñar el espíritu científico a sus alumnos, un profesor de Universidad les reunió en una sala a fin de obtener su colaboración en una experiencia. "El pulverizador que véis—les dijo—contiene un perfume extremadamente sutil, y yo quiero saber qué cantidad exacta debo difundir para que sea percibido en toda la sala. Voy a apretar la pera una vez y los que hayan sentido el perfume, que levanten silenciosamente el dedo. Luego la oprimiré una y otra vez hasta que haya llegado el perfume a todo el ámbito." Después de la primera maniobra se hizo un profundo silencio, una vacilación en la sala, y uno o dos dedos se le-

vantaron tímidamente. Después del segundo, se alzaron varios más. Bastaron cuatro o cinco golpes para que se mostrasen en el aire todos los dedos. Entonces el profesor dijo: "Señores; en mi pulverizador no hay nada; pero ustedes acaban de dar un magnífico ejemplo de objetividad científica. Esta consiste en no hacer lo que han hecho".

Pero hay otro servilismo contra el que hay que poner en guardia al niño porque se abandona a él con mucha frecuencia porque cree que es una prueba de independencia. Es la oposición sistemática y la contradicción permanente. Hacer o decir lo contrario de lo que otro dice o hace no es ser independiente, sino al contrario, depender continuamente de él. La aprobación de un superior no debería hacernos cambiar de opinión, del mismo modo que él no deberá dictarnosla. La verdadera independencia consiste en atenerse a la verdad, aunque sean nuestros superiores quienes la proclaman.

Sólo hay una especie de hombres con la que Cristo no quiso nada: los hipócritas. Los preceptos de Cristo son pobreza, renunciación, simplicidad, sinceridad, pureza de corazón; ellos se oponen radicalmente a la falsa riqueza de la mentira.

Dios exige una lealtad total. Ante él caen las caretas y las apariencias nada valen. Bajo estas máscaras, detrás de las cuales nuestros hijos y nosotros mismos disimulamos ansiosamente nuestra esterilidad interior, nuestra inconsistencia, nuestro vacío, Dios nos mira con un semblante tan humilde, tan paciente y tan tierno, que nos persuade dulcemente a que las abandonemos.

Testimonio de la Verdad

La opinión y la conjetura están como en su casa en el mundo de las imágenes, en donde no hay ningún saber objetivamente comunicable. La fe, por el contrario, es un aspecto especial del saber espiritual, ya que éste siempre atestigua de persona a persona, se mueve dialógicamente. Y es verdad que el saber cada vez más cierto engendra creencias cada vez más fuertes porque la experiencia siempre renovada de la certidumbre en la verdad engendra una siempre renovada disposición a confiarse al movimiento de la verdad.

Donde la libertad está en juego reina siempre la responsabilidad; la fe en la recepción de la verdad es el correlato adecuado de la responsabilidad en la expresión de la verdad. En esta responsabilidad remata la trascendencia del movimiento de la verdad. Cuanto mayor llega a ser la parte que pone el sujeto en la verdad que él reclama tanto más insuficiente es aquí la mera aseveración de que eso es realmente así, de que lo dicho merece fe; tanto más se exige que lo dicho mismo sea puesto a prueba por un intensificado riesgo. Pero éste no puede ser otro que la acción. El sujeto probará con su vida, con su obrar, y en caso necesario con su sufrimiento, que en cuanto totalidad está tras su aseveración. Se pondrá íntegro en un platillo de la balanza. Y con esto, precisamente, consuma su exteriorización; él había empezado a expresar su verdad tal cual se expresa una tesis teóricamente correcta, pero se cargó de una responsabilidad que le impulsó, además de lo previsto, a una expresión cada vez más renovada, cada vez más grave, hasta que finalmente se vio forzado a manifestar en hechos su existencia íntegra, su más íntima esencia. Por este camino la verdad de su aseveración fue puesta a prueba con su vida. Entonces se mostró cuánta gravedad tenía su verdad. Y, en rigor, sólo por este testimonio de la vida la verdad expresada se convirtió en verdad consumada.

(HANS URS VON BALTHASAR: *La esencia de la verdad*. Edit. Sudamericana. Buenos Aires, 1955. páginas 193-194.)